

# Casi mañana

Ich Selbst

Image not found.

## Capítulo 1

La madrugada del domingo previo Julián había dormido poco.

Distintos sueños lo habían ido despertando durante la madrugada. En uno, volvía a ser estudiante y un grupo de compañeros lo invitaban a un pequeño restaurante. Allí hablaban de sus vidas y sus trabajos y a él esto le preocupaba. La noción de que ellos llevaran años desde aquel punto, pero él siguiera lidiando con aquella escuela le revolvió el estómago, pero no podía moverse.

No recordaba bien cómo al levantarse, pero en algún momento, luego de haber comido por una hora o dos mientras conversaban y llegado el momento, en su mente hacía cuentas para pagar lo que había consumido. Los pensamientos se le habían embotonado entre aquellos números y cuando se despertó a mitad de la noche todavía esa sensación de angustia y fracaso lo seguía persiguiendo.

Tan solo recordaba aquel sueño de todo el conjunto que había tenido. Ese le bastaba, pues se le ocurrió que todos los demás serían similares. Siempre cargados de resentimiento hacia sí mismo y sus elecciones, siempre llenos de zozobra y despecho.

Luego, cuando el reloj marcaba ya las cinco, prefirió levantarse a seguir intentando dormir. Poco importaba puesto que en una hora el reloj sonaría, prefirió desperezarse, tomar un café más temprano que de costumbre, vestirse con lentitud, y mirar fijamente la pared por unos minutos, tal como hacía de vez en cuando.

Era una actividad relajante, una suerte de purga emocional en donde lo acumulado simplemente se iba consumiendo hacia el vacío. No es que pensara en algo, o que por sí pasaran emociones en concreto, en ese sentido era una estrategia más cercana al zen y cuando la hacía pensaba hacia sus adentros que quizá habría podido convertirse en un monje budista de haberlo decidido.

Aquel lunes había llovido, e incluso con el tiempo extra que proporcionó el desvelo, Julián olvidó por completo su paraguas, con lo que llegó empapado al trabajo. Aquello no era que le preocupara demasiado, se excusaba pensando en que quien tendría que soportar una silla mojada y apestosa por los siguientes días sería él y nadie más, además no podía ser el único en aquella situación.

Se equivocó a medias. Algunos sí que llegaron con los zapatos mojados, o con las blusas ligeramente húmedas, pero nadie, ni una sola alma, le acompañó en el desfile que caminó mientras dejaba un rastro de agua de

llovía por donde caminaba.

Sus compañeros hicieron chascarrillos al respecto, y alguno le ofreció una camisa limpia para que no estuviera tan incomodo. Él, más por respeto que por ganas, aceptó, aunque la talla hacía que lo fofo de su estomago resaltara con mucha más fuerza.

Ese día, aunque ya en casa, mientras echaba la camisa a la lavadora y alguien, a través del teléfono, hablaba en el fondo, consideró si aquello había sido un gesto de simpatía o amistad. No importaba demasiado, el sueño del día le había, primero, hecho preguntarse por sus antiguos compañeros, y segundo, por si las personas con las que trabajaba serían las mismas que le dirigirían la palabra en diez años.

El martes y el miércoles pasaron sin pena ni gloria, nadie hizo comentario alguno sobre su llegada el día anterior, y su compañero le agradeció la devolución de la playera con una sonrisa que a Julián se le antojó sincera, para luego volver al trabajo. Tanto aquel hombre como él se dedicaban, a grandes rasgos, a mirar una computadora por largos periodos de tiempo y modificar pedazos de código de otras personas, como si se tratase de la torre de babel, y aquellos hombres y mujeres, que en el mundo real jamás podrían entenderse, tenían que poner todo de sí para ir piedra por piedra construyendo algo que jamás habría de terminarse.

No fue hasta el jueves que tuvo el sueño.

En él, Julián tenía ocho años, o una edad similar, y caminaba por una ciudad de calles empedradas y angostas. No se sentía abandonado pese a que no había nadie en ese sitio y, luego de caminar un rato, acabó por llegar a una explanada desde donde podía ver una calle muy ancha, a la que seguía un edificio de gran tamaño que saludaba con una bandera de colores opacos, y que estaba adornado por una estatua de un león en cada extremo de la gran puerta de madera.

Julián se había sentado en una banca de la explanada mientras miraba los árboles como miraba la pared de su sala en el mundo real. Quizá habían pasado meses o años mientras lo hacía, pero nada cambiaba. La bandera del edificio ondeaba eternamente aunque él no la mirara, las calles seguían vacías y los demás edificios cerrados, por la avenida tampoco pasaban animales o autos, y él tenía para siempre ocho años.

Luego de un tiempo indefinido, el sol, que se había logrado poner por fin, daba al edificio un tono más extraño, como si en ese mundo tan ajeno a lo demás, fuera éste el aspecto más duro y consolidado, y como si aquella estructura que lo gobernaba todo, les indicaba al sol y a Julián que no podrían pertenecer jamás, ni a aquel espacio, ni al otro, al otro lado de la

almohada.

Cuando se despertó, Julián tan solo estaba seguro de una cosa: le quedaban tres días de vida.

Incluso si alguien le hubiera preguntado, si se hubiera tomado el tiempo para detallar pieza por pieza cada uno de los detalles del sueño, el color de las piedras, el área total de la bandera, la cantidad de pasos que dio de un extremo a otro. Incluso si la totalidad de la humanidad se le hubiera acercado y juntos hubieran armado el rompecabezas gigante de símbolos que quizá no había notado, no habría sido capaz de explicar por qué se encontraba tan seguro de aquella sentencia.

No lo era en términos de amenaza o castigo, pero tampoco era una corazonada o un pensamiento. Para Julián, desde ese momento, la única verdad que podía existir era que, luego de dormirse el tercer día, habría de sufrir una transformación.

No se trataba de la muerte en concreto lo que iba a ocurrir durante la noche del tercer día. Incluso el si era necesario siquiera que ocurriera a aquellas horas era algo que él desconocía por completo. Era tan solo que luego de acostarse el domingo siguiente, *algo* iba a ocurrir, una transmutación quizá, un viaje. Quizá su cuerpo se volvería polvo y los ácaros que habitaban su departamento lo irían consumiendo por los siglos de los siglos.

Tampoco se trataba de un evento catastrófico. Estaba seguro que, de haber recibido una noticia similar de un médico, o si en las noticias se anunciara una hecatombe con las mismas consecuencias, entonces entraría en pánico, y su cuerpo se congelaría durante el restante periodo.

Aquí no, la resolución era tan contundente, pero tan efímera a la vez, que hubiera resultado poco menos que risible cualquier actitud de alegría o tristeza. Simplemente, como todos los viernes, había tomado café temprano, había visto un video en su celular mientras lo bebía, había caminado al trabajo, y había golpeado teclas por cuatro horas primero, y por otras cuatro después.

No le parecía un desperdicio usar así el primero de sus tres días. En este sentido la vida simplemente le había hecho un comentario al aire, algo que se dice de pasada y luego se olvida. Quizá luego de acostarse su alma desaparecería para siempre, o se desperdigaría por los campos, pero aquello era tan, o incluso menos importante que los perros que deambulaban por las calles y los hombres que los miraban con tristeza.

Al dormir aquella noche volvió a soñar con sus compañeros.

En esta ocasión, sin embargo, se encontraban en una especie de resort de invierno y todos llevaban ropa para la ocasión, él incluido. Todos se trataban bien y hacían bromas mientras se alistaban para ir hacia una montaña pequeña que se veía en el horizonte y a él le parecía similar a otra, mucho más extensa, con la que soñaba cada tanto, y que jamás había logrado explorar más allá de los primeros pasos.

Durante la caminata, uno de sus amigos le hablaba pero Julián no era capaz de entenderlo, ni tampoco de hablar, cada vez que habría la boca tan solo aparecían balbuceos graves que no parecían perturbar a su amigo. Antes de darse cuenta se encontraban ya en la montaña y todos iban acercando a una cueva que no había alcanzado a ver al principio del sueño. Luego, todos fueron entrando, de a uno mientras le dirigían sonrisas amables. Cuando se quedó solo y quiso dar un paso hacia la cueva, despertó.

El sueño no le trajo más que una ligera zozobra, el día lo tenía libre en todo sentido así que decidió tomar su café más despacio que de costumbre, prepararse un desayuno fuerte y mirar a la pared mientras lo consumía.

En esta ocasión, entrelazados a la nada que pasaba por su mente, aparecía la mirada fija de uno de sus amigos. Era un hombre bonachón y con futuro, le gustaba hacer deporte y bromeaba con los demás, a veces presumiendo los músculos de sus brazos, a veces riéndose de su torpeza. Trabajaba ahora para una empresa automotriz haciendo alguna cosa, seguramente pasaba ocho horas de su día frente a una computadora, tal como Julián, pero también era seguro que seguía manteniendo el buen humor de siempre. Estaría casado, pensó, y quizá llevaría a sus hijos a algún parque cercano mientras él y su esposa los miraban crecer de a poco entre los columpios y los pasamanos.

Tomó su auto luego de lavarse los dientes y luego de encender el motor pensó en que no tenía un lugar a donde ir, simplemente andaría por un par de horas y luego comería en algún restaurante donde llegara.

Pasó primero a cargar gasolina y luego se dirigió al sur. Pasó la vieja iglesia que su madre visitaba con él y su hermano cuando niños, seguía casi igual, con el mismo árbol lleno de flores violeta y su abadía solitaria donde años atrás él le había dicho a una niña de su edad que se había enamorado de ella, luego de un rato llegó a los límites de la ciudad y siguió derecho.

No llevaba nada más consigo que su cartera y su celular por lo que no le habría sido posible acceder a muchos espacios. Aún así se sentía tranquilo, avanzó todavía algunos kilómetros y cuando se dio cuenta había

ya dejado el estado donde había vivido toda su vida.

No pasó demasiado para que hiciera su primera parada en un pueblo que nunca había visitado. Era más una ciudad pequeña, con su población activa y vibrante, los jóvenes aprovechaban el fin de semana saliendo con sus amigos y parejas mientras los adultos se ofrecían a la vida para ganar fuerzas, preparándose para la semana que pronto iniciaba. Por poco entró a un restaurante de franquicia, pero prefirió aprovechar para ir a un sitio más pequeño y con una conexión más profunda a la ciudad.

Allí le atendió una mujer joven, de no más de treinta años. Era ligeramente rechoncha y risueña, le entregó la carta y luego se marchó a paso veloz para atender al único otro comensal que se encontraba allí en ese momento. Aunque nada le apetecía particularmente, Julián se tomó su tiempo para decidir, cuando joven él y sus amigos iban en auto con rumbo aleatorio, girando en cualquier calle, adentrándose a cualquier callejón, y comiendo en donde les entraba hambre, pero ahora era más metódico, y prefería evitar desaprovechar lo que podría ser una comida deliciosa.

Cuando partió del restaurante la tarde ya estaba bien entrada, y el sol de agosto golpeaba fuertemente su auto, haciendo que al abrirlo un viento caliente le recibiera. Arrancó el auto y continuó su camino, había pensado en aquellos viajes con sus amigos y, un poco llevado por la nostalgia, y otro poco por la curiosidad, decidió comenzar a avanzar con un paso más azaroso, esperando encontrar algo siquiera interesante antes de tener que volver a casa.

En realidad, ese día acabó optando por no regresar, pues tras avanzar una hora, llegó a un espacio más desolado, con una carretera muy poco transitada. Había avanzado sin rumbo y se encontraba perdido, pero sabía que era tan solo un tecnicismo, pues en unos minutos podía volver encontrar el rumbo, simplemente quería disfrutar de la sensación de falso peligro un poco más.

Atravesó pueblos pequeños y medianos, miró cómo allí también había vida, miró a los jóvenes que ahora regresaban a sus casas o se preparaban para gastar la noche mientras los adultos y los niños se iban ocultando cada vez con más prisas, temerosos de que los tomara por sorpresa el ocaso.

Para cuando había anochecido por completo, Julián, que todavía no había pensado demasiado en donde estaba, encontró un pequeño hotel y se adentró en él mientras se preguntaba a cuántas personas recibirían aquellas personas cada año. Quien le atendió era una mujer también ligeramente rechoncha, aunque más entrada en años, quien con la misma sonrisa tranquila le asignó una habitación mientras un hombre larguirucho

que debía rondar los 25 años le iba indicando a donde debía ir.

La habitación, en su extensión total, era más pequeña que la de su departamento, y tenía una televisión un poco vieja que habían conectado a un pequeño aparato que la volvía inteligente. Pensó en ver las noticias locales y así se enteró que había acabado en un lugar muy distante a casa, con lo que decidió aprovechar y visitar alguna cafetería pequeña donde cenar. Para cuando volvió al hotel el mundo estaba de nuevo en silencio, ese día soñó de nuevo.

En el sueño era joven, de no más de 30 años, y abordaba un autobús viejo que avanzaba a paso lento a algún lugar. Julián miraba el paisaje con ojos apagados, a los árboles de los bosques fríos le seguían algunos pueblos y terrenos desérticos. No parecía haber avanzado más de algunas horas cuando el autobús se detuvo y él bajó en un pequeño pueblo polvoriento.

Allí avanzó con cuidado mientras recorría las calles con sus ladrillos desnudos a la intemperie. Algo en él le hacía pensar que había visitado ya ese sitio, quizá en un sueño muy lejano, o cuando muy pequeño y sus padres aún vivían. La sensación se volvió más fuerte cuando luego de un tiempo su cuerpo mismo, en contraposición a su memoria, reconoció las calles de terracería, anchas y ocres, con piedritas aquí y allá. Su mente tardó en comenzar a sentir el miedo que sus manos ya habían comenzado a experimentar.

Todavía no sabía muy bien por qué, pero en aquella avenida olvidada se encontraban terrores muy viejos y sin embargo no dejaba de avanzar. De vez en cuando algunas personas atravesaban rápidamente las calles y le dirigían miradas desconfiadas. No era tan solo el sentirse poco bienvenido, sino que aquel mundo le era tan ajeno como el edificio enorme que había soñado días antes. Eventualmente llegó a una calle empedrada y ancha, a cuyos extremos casas extensas se asomaban.

Algunas de las casas tenían placas donde se escribían nombres viejos que Julián tal vez reconocía, fechas o leyendas que apenas leía olvidaba y que sin embargo martillaban con fuerza su memoria. El clima, de árido se había vuelto más templado y por alguna razón pensó en un sueño muy antiguo, de cuando era niño, en donde subía una escalera de mano terriblemente alta a mitad de una autopista y cuando miraba abajo podía ver los autos que pasaban veloces, así como una intersección que partía al mundo en cuatro, con un túnel que permitía avanzar sin interrupción al mundo. Arriba, la escalera se interrumpía y Julián debía saltar, pues continuaba medio metro después de desaparecer.

Pensando en esto es que por fin llegó de nuevo a una zona sin pavimentar, que parecía ser el final no solo del pueblo, sino del mundo mismo. Si bien la calle seguía, el camino ahora se bifurcaba. El que el

sendero continuaba tenía casas pequeñas, similares a las de su niñez, de un solo piso y colores pastel, mientras que el camino de la izquierda interrumpía cuando en lugar de casas había nada más que un muro terroso y café claro. Sin saber muy bien por qué, se había decidido adentrar a este extremo.

Allí también avanzó un tiempo hasta que, luego de que a cada extremo solo hubieran aquellos muros de tierra, llegaba por fin a un túnel del mismo material, profundo y que apenas unos metros iniciado daba una vuelta, volviendo imposible alcanzar a predecir su total extensión. De él un grupo de muchachos serios pero afables salían y tras alcanzarlo no le hicieron mucho caso, siguiendo conversando entre ellos. Julián todavía no estaba muy seguro de qué debía hacer cuando por fin se despertó a la mañana de su último día.

El sueño resonó por muchos minutos en su cabeza, era como si quisiera extenderse un poco más, alcanzar a ver lo que había en aquel túnel tan alto, pero aquello no solo fuera imposible, sino que además era tan etéreo que incluso con la fuerza que empujaba no alcanzaba a lograr siquiera un pequeño dolor de cabeza.

Tomó el auto luego de pagar por su estancia y avanzó por la carretera hasta entrar a la autopista. Había puesto ya un GPS para guiarse de vuelta a su ciudad y escuchaba música sin prestarle demasiada atención. Pensaba en el sueño, no tanto en su significado como en sus colores y sensaciones, se preguntaba sobre el miedo que había sentido, en la sensación de las piedras bajo sus pies mientras caminaba, y en aquellos muchachos cuyos rostros recordaba perfectamente y que sin embargo habría sido incapaz de describir.

Ya había iniciado la tarde cuando comenzó a ver calles conocidas, y cuando llegó a su vieja ciudad el sol estaba en su total apogeo. Se había detenido a desayunar a un restaurante a borde de carretera y había pedido algo casi al azar, luego había continuado mientras las noticias hacían comentarios sobre los eventos del día anterior.

Aunque no pensaba en nada en concreto, dentro de sí se iba apoderando una especie de expectativa. No estaba seguro de si se trataba de aquella sentencia que había aparecido días antes, o si del sueño que le seguía atacando de vez en cuando, pero cuando llegó a su casa pasó derecho, y optó por ir a un parque cercano.

El sonido de las aves le ayudó bastante, aunque dentro de sí existía una especie de ansia tranquila reposando en medio de su alma, sin alimentarse ni interactuar con ella. Pensó en hablar a algún compañero para comer con él, pero desechó la idea de inmediato, no era importante,



se decía, y tan solo le hacía falta distraerse un poco.

Incluso así no pudo evitar toparse con una figura conocida, quien se le acercó a conversar un rato. Luego de los saludos usuales, y de los comentarios risueños, Julián pensó en que aquel hombre le conocía tan poco como él a cualquier otra persona, pero que eso no era en absoluto bueno o malo, sino que era simplemente el rezago de quienes éramos. No preocupados tan solo por nosotros ni egoístas, tampoco hambrientos de atención o deseosos de contacto humano, tan solo pequeñas piedritas que a veces chocaban con buenos o malos humores, que a veces se esparcían por la calle y a veces estoicas permanecían en su sitio por siglos. Todo es un parpadeo, le dijo a su amigo, quien recibió con filosofía aquella actitud, devolviéndosela con la misma voz seria con la que Julián la había expulsado.

Ambos eran amigos, claro, y ambos se conocían. A los dos les había tratado bien y mal la vida, y cada uno a su manera pensaba y recordaba al otro. Él, Julián, podría recordarlo de vez en cuando, o guardar cosas en un cajón de su cerebro para luego mostrárselas con la confianza de que él, su amigo, las miraría con atención. Se decía que podría incluso saber todas y cada una de las cosas del otro y que sin embargo aquello sería tan solo una bagatela en comparación con quien su amigo era en realidad.

Cuando se despidieron, Julián se sentía renovado, y seguramente lo mismo ocurría con aquella persona, se prometieron seguir en contacto y aunque sabía para sí que aquello sería imposible, no le pareció que aquella fuera una promesa imposible. Sí, me verás, pensaba, tal como yo te veo de vez en cuando. Aquella noche, tras prepararlo todo y acostarse, no soñó.